

NOTAS Y COMENTARIOS

SOBRE INVESTIGACION FILOSOFICA

El término investigación reviste diversos contenidos conceptuales, que participan de un elemento común: la actividad del profesional estudioso que se dispone a aportar algo en su campo.

Este elemento común es casi nada en proporción con las dimensiones de variabilidad que determinan las especies de esta actividad. Tanto que algunas de ellas no parecen tener en común sino el nombre.

Las variables, en efecto, se escinden, con una división fundamentada en el tipo de actividad intelectual, en dos grandes grupos: el de la investigación científica, y el de la investigación técnica, en función, claro está, de la actividad intelectual teórica o de la actividad intelectual práctica. Sin embargo, esta división debe concebirse como complementaria o suplementaria de otra, la cual forma con ella el eje para fijar entre ambas la posición de cualquier actividad de investigación.

Esta segunda escisión grupal, se divide en función de la actividad o receptividad del sujeto que investiga. De este modo aparecen el destinado y el destinatario¹ ya lo sean de la ciencia o de la técnica.

El destinado es el hombre de la actividad. Y es en sentido estricto el investigador. El destinatario es, contrariamente, el sujeto de la pasividad: el aprendiz o el profesional que generalmente aspira a un título o a un grado académico o que lo posee, gracias a la recepción, al aprendizaje de lo remitido, o el capacitado —o que aspira a serlo— para manejar la técnica en determinados ámbitos.

El destinado puede pertenecer a diversos órdenes jerarquizados; es decir, puede funcionar como destinado a título de creador, de divulgador, o bien, de recopilador.

El creador es el que descubre, el que inventa, el que origina. El original² en sentido estricto.

El divulgador es un reformador, promueve a través de la reforma en el lenguaje —en el aparato significante— o a través de la reforma en la aplicación, ya la ciencia, ya la técnica, descubiertas por el creador. Debe ser original no en cuanto a los descubrimientos, por supuesto, sino en cuanto a su reforma.

Es propio del recopilador ordenar. Asimismo la recopilación implica su dosis de originalidad.

¹ Cfr. J. ZUBIRI.

² La originalidad no está en la negación de lo común y corriente, es por el contrario, lo mismo común y corriente trascendido, cfr. GARCÍA ALONSO, *Filosofía de las Bellas Artes*.

No todos los hombres profesionalmente comprometidos con la ciencia son científicos, ni técnicos los así comprometidos con la técnica. Ni siquiera lo son quienes investigan en estos campos. Lo son en absoluto los creadores de la ciencia y de la técnica y proporcionalmente el divulgador y el recopilador.

La creatividad implica la posición inamovible de un elemento esencial para la ciencia o para la técnica.³

El carácter de inamovilidad resulta de la unidad de la ciencia en el sentido de que la verdad no se contradice a sí misma, y por tanto toda afirmación científica auténticamente tal, reviste validez universal, esto es, resulta asimilable para todos los científicos del área, y es, por lo mismo, un elemento de progreso común.

La condición de aportación esencial exigida para la investigación creativa no se refiere solamente a la aportación fundamental, a la que asienta las bases primeras y sobre la cual se puede bordar toda otra especulación, sino que, por el contrario, abriga también a esta especulación cimentada sobre aquellas bases, ya que es tan propio de la ciencia el carácter discursivo, y las nuevas verdades cifradas sobre el conocimiento de las verdades conocidas que hacen cuerpo con la raíz inamovible de la ciencia; estas verdades inferidas no son sino el fruto del discurso.

Ello no obsta para que en el trabajo de un investigador que busca aportar verdades subsecuentes, no quepa la función de la intuición, y no raramente de las grandes intuiciones, de cuyo maridaje con las verdades nucleares florecen afirmaciones inéditas. Lo que es preciso —para que una labor pueda considerarse en el orden de la aportación esencial— es que no se trate por su medio de allegar hechos o afirmaciones secundarias.

La aportación en el ámbito de los elementos secundarios, es lo propio de la investigación divulgadora. Cambiar el ropaje, remozar las apariencias, disponer el montaje de la asequibilidad o de la amabilidad de una tesis, en suma: atender más a los receptores de la tesis que al engranaje de la tesis misma, es divulgar. El maestro es casi siempre un divulgador y el divulgador un maestro.⁴

Y la aportación en lo accesorio —esto es, no ya en lo que se refiere a la recepción de una tesis, sino en lo relativo a su manejo— es producto del trabajo ordenador. Los trabajos de investigación cuya copiosidad y perfección tal como la de enciclopedias, catálogos, diccionarios, etc. han admirado a tantos hombres, son labores de este género. Sería muy difícil divulgar el pensamiento kantiano sin un "léxicon" sobre Kant; éste lo estructura, lo clasifica y lo vuelve manipulable para que el divulgador pueda hacerlo accesible. A este género pertenecen los realizadores de las grandes síntesis a través de la historia.⁵

³ En adelante se ahorrará el explicitar que cuanto se refiere a la investigación científica tiene también su contrapartida en las investigaciones técnicas.

⁴ Para ser maestro el divulgador no precisa de ningún aula, lo es a través de sus escritos. Por el contrario, el maestro es casi siempre un divulgador, aunque sea de sus propias ideas, casi siempre, porque cabe el caso del maestro ininteligible que no puede evitar la creación, que mientras habla está aportando y apenas él mismo puede seguir el hilo de sus propios pensamientos. La división consabida entre magisterio e investigación, es inadecuada.

⁵ Lo que ha dado en llamarse la realización de la síntesis de un tiempo, en una perspectiva desfasada puede apreciarse, quizá, como la actividad de más relieve confiada a quienes hacen filosofía. Hay en ello una cierta mentalidad contable en la concepción de la historia, cuyo desarrollo llega a una situación límite (el final de la página en el libro de caja) en la cual es necesario anotar el consabido "suma y sigue". Es decir, que periódicamente es aconsejable hacer una recopilación del saber. ¿Del saber todo, de siempre, o más bien del saber típico, de la época? Y no deja de haber en los entusiastas de este modo de entender la historia del pensamiento una actividad silenciadora de tantos errores —no sólo de contenido

El núcleo de toda ciencia está en la demostración; aunque la demostración científica revista los tipos más variados. El aparato auxiliar que apoya y fortifica la demostración en las diversas ciencias, tiende a confundirse con el rigor, y por ello también con la seriedad de la investigación.

La argumentación de carácter científico en física presenta una indigencia extrema sin el refuerzo del aparato auxiliar, que es en este caso el laboratorio —o, la multitud de amplificadores sensoriales—. Ciertamente que aún aquí, la argumentación deductiva —puramente intelectual— conserva un papel importante; pero la preponderancia correspondiente a la inducción, fundamenta esta dependencia del aparato auxiliar.

Y es que el juicio de la inducción es la predicación coincidente de una colección de particulares, predicación que no puede tenerse por cierta sin acudir a dicho aparato.

Dentro de la argumentación matemática suceden las cosas de muy diversa manera. La argumentación deductiva es suficiente y el aparato auxiliar sólo se juzga conveniente para facilitar el cálculo o para simplificar las operaciones.

Muy parecida es la argumentación filosófica: de suyo autosuficiente, puede sin embargo usar del aparato auxiliar cuando ello se justifica en función de su cometido.

El aparato auxiliar propio de la ciencia filosófica, es el aparato crítico. Si se trata de un trabajo de investigación de carácter recopilador, el aparato deberá ser abundante. No tanto si la obra es de divulgación; y tratándose de una labor creativa, el aparato resulta innecesario, salvo en los momentos en que se hace alusión al pensamiento ajeno o a algún dato histórico conectado con el trabajo de recopilación.

El uso del aparato auxiliar no es signo de rigor en la investigación sino indicio de la debilidad de los recursos demostrativos también en la necesidad de mostrar a los sentidos o a la inteligencia⁶ lo que ellos no han podido hallar por sí mismos.

No habrá nunca⁷ acerca de la investigación filosófica, interminables capítulos dedicados a la aplicación de métodos estadísticos, a la aplicación de la cibernética o al uso de otros especímenes del aparato auxiliar. Caben, en cambio, ciertas normas reguladoras del aparato crítico, indicaciones sobre el uso del lenguaje, y, sobre todo, el estudio de las leyes de la argumentación: la Lógica.

En síntesis: hablar de investigación en general es manejar un equívoco. La labor creativa del investigador es radicalmente diversa de la divulgación y ésta de la recopilación. El aparato crítico es contrafuerte para determinados tipos de investigación divulgadora o recopiladora y no resulta por sí mismo elemento evaluador del rigor de un trabajo. La medida del rigor depende de la corrección argumentativa.

sino también de concepción total— de algunas de esas grandes síntesis. Se olvida que el fin de la ciencia no es la novedad, sino la verdad, y que por lo tanto por encima del genio constructor de una síntesis gigantesca, estará el genio constructor de una base común fundada en verdad, sobre la cual se pueda seguir construyendo y se cimente el auténtico progreso en lo nuevo y en lo verdadero.

⁶ No es otro el fin de los aparatos de laboratorio, que el demostrar a los sentidos algo que no alcanzan sin la amplificación que les ofrecen estos medios; microscopios, telescopios, sísmógrafos, básculas, etc. Citar a un autor es mostrar al intelecto que determinada tesis en un autor es un hecho.

⁷ Esto es más que una seguridad, una esperanza.

Las ciencias filosóficas están constituidas por afirmaciones mediatamente evidentes, que han sido obtenidas por deducción filosófica a partir de evidencias inmediatas también filosóficas.

No toda verdad evidente es un hecho filosófico. Los "hechos" de las ciencias particulares no pueden, sin más, considerarse también como "hechos" para la filosofía.

Dentro de las ciencias particulares es lícito partir de axiomas o de postulados, que pueden considerarse como "hechos", pero que de ninguna manera son evidencias, y cuya certeza deriva del aval de un saber ajeno y no se consolida como certeza intrínseca. La filosofía prohíbe el dogmatismo: es dogmática cualquier afirmación gratuita, cualquier aseveración no inmediatamente evidente que se dispensa de ir acompañada por la demostración respectiva. Todo en filosofía reclama la evidencia, ya de la visión directa, ya de la prueba que la convierte en obvia aunque mediatamente. No caben entonces los axiomas filosóficos; el trabajo riguroso se multiplica y saltan, sin fundamento, innumerables tesis.

No vale la analogía entre las situaciones de las diversas geometrías en función de los varios espacios (planos, curvos, pluridimensionales) y la ubicación de los sistemas filosóficos en relación con su "horizonte". El escenario que constituye un contexto —gnoseológico, metodológico, semántico, etc.—, no puede considerarse en filosofía un convencionalismo, no se trata de una perspectiva,⁸ ni puede optarse asépticamente al estilo como se elige entre varias, incluso opuestas, una axiomática determinada.

El filósofo no puede dispensarse nunca de la demostración, especialmente en lo que se refiere a los principios. El punto de partida filosófico requiere una atención más esmerada, si cabe, que las conclusiones. Por eso el filósofo debe renunciar ante todo al relativismo y a la democrática valoración de los sistemas.

La filosofía no es una exhibición que discurre por la pasarela de lo histórico, para poner de relieve los méritos —méritos siempre medidos por la situación cronológica y por ello suficientemente homogéneos— de los diferentes modelos. La fuerza de la demostración es suficiente también para discernir sobre la autenticidad fundamental de los muchos sistemas y sobre su consistencia. Talla sobrada la de semejante claridad crítica, porque la construcción filosófica es tarea común y en ella se insertan los hombres de todos los siglos. Para un hombre, en cambio, y para muchos —si no superan al indigencia geohistórica: el aquí y el ahora limitativos, enemigos de la gesta— resulta desmesurada; mientras más profunda es una verdad, más difícil resulta anclar en la certeza. La perplejidad kantiana ante los fracasos en la continuidad del quehacer filosófico llega a ser sorprendente, y sólo se ubica en el marco de una concepción de la historia como el irreversible progreso de la humanidad.

Pero no sólo se trata de diferencias en el orden de los principios. El modo de discurrir, enjuiciar y conceptualizar de la filosofía es irreductible al de las ciencias particulares. Las conclusiones de aquella ciencia y las de éstas no pueden mezclarse indiscriminadamente; en ellas no sólo no se maneja el mismo lenguaje, sino que en un caso el significado subyacente es la realidad misma y en los otros se trata de las diversas dimensiones de la reducción etiológica.

⁸ Sólo puede hablarse de perspectiva cuando se acepta que un punto de vista parte de una totalidad. El tema de la perspectiva no es un argumento en favor para el subjetivismo ni para el relativismo, sino que subraya el hecho de la limitación del sujeto cognoscente, el cual no obstante la determinación parcial de su consideración puede alcanzar en ella la verdad absoluta. La verdad acerca de lo que es algo no depende de la suma de las perspectivas (se trata de algo cualitativo no cuantitativo, ni siquiera colectivo) sino de la adecuación apreciativo —real de alguna de ellas, por limitada que parezca.

Las definiciones filosóficas apuntan al ideal de la expresión esencial, el resto de las definiciones etiológicas oscilan entre la versión descriptiva, la final o la genética: la definición de triángulo, por ejemplo, no expresa lo que es, ni siquiera expresa si es o no.

Los juicios que emite la filosofía son a priori. Ello significa —contrariamente a lo que pensaba Kant— que el nexo judicativo no depende de la experiencia, sin implicar ni excluir que el sujeto o el predicado se originen en ella. Los juicios del resto de las ciencias —salvo las matemáticas— son, por el contrario, generalmente a posteriori; la cópula no une ni separa sino en función de la experiencia.

El discurso filosófico —y también el matemático, pues en este sentido coinciden— proceden por la exhibición de una esencia que se constituye en término medio, gozne que sostiene la inferencia. Lo específico de las ciencias experimentales no es, como allí, la deducción, la cohesión esencial, sino la obtención de una nueva verdad con el apoyo del enlace en una colección de individuales.

Por otra parte, el criterio de comprobación puede ser la experiencia sensible o la imaginación; la ciencia filosófica es la única que constata sus conclusiones con el criterio de la inteligencia.

El método es el último reducto a tratar aquí, que marca diferencias entre los saberes etiológicos particulares y la filosofía. Volcarse sobre la realidad misma es el movimiento espontáneo de la filosofía; entre otras razones, porque al referirse al ser total no precisa de instrumentos restrictivos. En su libro "*The Philosophy of Physical Science*", refiriéndose al problema del alcance del método científico-particular, Eddington para explicar la restricción que se sigue del método de dichas ciencias, se vale de una metáfora: un ictiólogo que investigando sobre la fauna marina se sirve de una red (el método: equipo sensorial e intelectual con el que se recaban los datos). En función de ella —y esto es lo que merece subrayarse— obtiene dos conclusiones generales: 1º ningún animal marino tiene menos de dos pulgadas de longitud, 2º Todo animal marino posee branquias.

Se podría objetar que esto es válido, pero la objeción se haría bajo el supuesto de la referencia al ámbito de los peces, tal como ese reino existe en la realidad; mientras que la propiedad que interesa al ictiólogo es la de que los peces sean capturables.⁹

Entre la filosofía y las otras ciencias cabe una diferenciación fundamental en base a la amplitud material sobre la que ellas trabajan. La restricción del campo material de un saber, obedece a la del instrumento formal y produce la visión de la realidad no transparente a sí misma desde lo más íntimo de su ser hasta la periferia manifiesta obviamente, sino con un cierto grado de opacidad, de refracción insuperable para ver en ella con radicalidad. Los hallazgos de las ciencias particulares son siempre descubrimientos más o menos alejados de la visión medular propia de la filosofía y, por lo tanto, hallazgos importantísimos pero que no pueden simplemente trasponerse al ámbito filosófico: para hacerlo sería menester proporcionarles una iluminación tal que les hiciera perder la cubierta opaca sobre la cual —precisamente— descansan las afirmaciones típicamente científico-particulares. Es decir, para hablar filosóficamente sobre la ciencia particular, hay que transformar en filosóficas las afirmaciones de que se trate. ¿Es esto posible? Es necesario responder en afirmativa y, para ello, partir de que no

⁹ Cfr. EDDINGTON, *The Philosophy of Physical Science*, apud. E. SIMARD, *Naturaleza y alcance del método científico*.

hay terreno vedado a la filosofía: todo lo que es, es susceptible de ser iluminado a fondo. ¿Qué sucede con los temas de tópico metafísico: la muerte, la existencia humana, el dolor, el amor?

Existen, es cierto, seres exclusivamente medulares, sin periferia, sin apariencias: seres, por ello, inalcanzables para las ciencias, seres analizables únicamente bajo la mirada filosófica. Si la filosofía se circunscribiera a la consideración de estos seres —de los que ya en la expresión clásica se dijo que pueden considerarse sin materia y existir sin materia— sería una más entre las ciencias particulares. Por otra parte, hacer depender de la materia considerada la especificación de la ciencia, es reducir la ciencia al tema y renunciar anticipadamente no sólo al rigor sino a cualquier nivel de profundidad. Esto ha sucedido frecuentemente sobre todo en las filas de quienes reaccionan contra el racionalismo, sobre todo en su forma extrema, representada por Hegel. Cuando se pierde el peso etiológico se acude artificiosamente a los plomos del aparato auxiliar.

La construcción filosófica ha de enfocarse en dependencia de la consideración formal, que es especificativa, y no en función de lo considerado —material— que es común.

No hay filosofía si no se parte de una visión filosófica de lo real, y si ésta no se concreta en conceptualizaciones filosóficas para llegar a un juicio —también filosófico— obtenido por medio del raciocinio deductivo, a partir de otros juicios de la misma índole.

Los argumentos *ad hominem*¹⁰ son tan extraños a la filosofía como a cualquier otra ciencia, aunque más frecuentes en aquélla.

Los argumentos históricos, de autoridad o de conveniencia resultan impotentes para producir conclusiones filosóficas, son a lo más puntos de apoyo o mociones para el asentimiento subjetivo, pero rigurosamente inoperantes. Realizar, a través de la complejidad del estilo filosófico, una labor de discernimiento acerca del empleo de estos instrumentos, es una labor acuciante para el destinado creador de la filosofía, y es, para el divulgador y para el recopilador un campo de cosecha abundantísimo que ofrece hoy la posibilidad de mantener la pureza de la filosofía en cuanto tal y de preservar su feracidad propia.

MA. DE LA LUZ GARCÍA ALONSO
Instituto Panamericano de Humanidades

¹⁰ Y habría que añadir también los argumentos "*ad tempus*" o "*ad mentalitatem*".